



ODOL, SANG, SANGRE...

ALBERTO ECEIZA MICHEL

VAYA título! ¿Eh? Ni que fuéramos a hacer morcillas... Mas no se alarmen. Es que, al sugerir la internacionalidad renteriana como tema, yo, nacido en la «jatorra» calle Magdalena, hijo de renteriano nacido en la no menos «jatorra» calle de Medio, pero várdulo y galo al 50%, miro a mi entorno y me doy cuenta de que, sobre un fondo euskaldún, se ha formado un cóctel de sangres, procedentes de los cuatro puntos cardinales, hecho que, aun cuando muchos crean cosa de hoy, viene de lejos...

Ya en la nebulosa prehistoria, las cuevas de Landarbaso albergaron a los primeros renterianos, gente de paso, cazadores cromagnones, que nos dejaron pruebas de que allí degustaban succulentas chuletas de mastodonte, solomillos de oso, filetes de bisonte y cosas así, con postres proporcionados por los manzanales y castaños de Aldura e Igoín (aún, allí al lado, se pueden saborear estupendas chuletas de mamut).

Cuando aquellas gentes terminaron por cogerle gusto a estos andurriales, aquí se afincaron, con la suerte o desgracia de hacerlo en un pasillo natural que lleva de las tierras continentales a las peninsulares sin tener que salvar escarpadas montañas. Y los pasillos ya se sabe que son «para pasar» y

por aquí, indudablemente, psaron multitud de gentes, entre las cuales algunos nos enseñaron cosas nuevas como, por ejemplo, la manera de fabricar hierro en chisporroteantes fraguas que, al correr de los años, se convirtieron en «olas» y «fanderías». Nos dejaron también la tradición de los «intxisus» y sus «zulos» en Ayako-arri, los dólmenes y nombres extraños como ese mismo de «Aya».

Más tarde llegaron los romanos, quienes agrandaron y profundizaron los agujeros dejados por los «intxisus» para extraer plomo y plata, labor en la que se entretuvieron unos doscientos añitos. Recapitando sobre todo esto, no cabe duda de que, a los primigenios genes vascones, además de engancharse algunos de toda esa gente de paso, lo hicieron también los de «sanguinem» romana quienes, además, nos dejaron noticia de que «por aquí» se encontraba la ciudad de Oarso, Oeasso, Oiasso y otras denominaciones aún más raras.

Los romanos se fueron o los echaron y surgieron nuevos núcleos de población. Y si nunca se supo dónde estuvo exactamente Oarso, sí sabemos dónde se ubicó Orereta, que a partir de 1320 se llamaría Villanueva de Oarso y ahora Rentería.

Dejando de lado las vicisitudes por las cuales pasó nuestro pueblo a lo largo de los siglos; un vistazo a la historia del inquieto siglo XVI nos revela un hecho interesante. En 1512, un ejército inglés de diez mil hombres desembarcó en Pasajes y acampó en las afueras de Rentería primero y en las de Irún más tarde. Tenían el beneplácito del Rey Fernando I, el Católico, al cual, con su sola presencia, sirvieron estupendamente para que sus huestes castellano-aragonesas se apoderasen impunemente de Navarra, huérfana de la protección francesa por el temor galo a que los soldados británicos invadiesen la Guyena (Aquitania) a fin de recuperarla para su rey.

Fallido el intento inglés por falta de una prometida ayuda castellana, aquellos decidieron reembarcarse para su patria. Y aquí está lo curioso del caso: unos dos mil hombres de ese ejército desertaron y no pudieron ser hallados pese a que fueron buscados insistentemente. ¿Dónde fueron? Francia y Navarra las tenían vedadas por ser países enemigos. Por tanto, es de presumir que se escondieron tras las faldas de las mozas de la región, las cuales, en casi perenne carencia de varones, diezmados por las constantes guerras, considerarían una ganga disponer de tantos galanes rubios que, además, vendrían muy bien para las faenas de los «baserris». Nadie imponía a nuestras «neskas» el practicar la endogamia, máxime cuando el deporte favorito de sus «morroskos» era guerrear contra los musulmanes en Berbería o contra los franceses en aguas del Canal de la Mancha. Por ello, no tiene nada de raro que muchos de los «casca-gorris» y «casca-zuris» que andan por ahí tengan un lejano ascendiente nacido en la rubia Albión.

Por si fuera poco, una vez retirados los ingleses, los franceses, con sus mercenarios alemanes en vanguardia, entraron a sangre y fuego y, no pudiendo tomar Fuenterrabía, incendiaron Irún, Elizalde y Rentería (esta fue la segunda vez, antes ya lo habían hecho en 1476 y luego lo harían, hasta el arrasamiento, en 1638). Y ya se sabe que aquellos ejércitos añadían a sus soldadas lo que robaban en las poblaciones saqueadas, teniendo carta blanca para cometer los desmanes imaginables, entre los cuales violar a las mujeres que caían en sus manos era habitual.

Es evidente que si los mozos ingleses dejaron su «blood», los violadores franceses y alemanes su «sang» y su «das-blut»; el potaje fue considerable. Eran gajes de la época, pero, eso sí, se trataba de «sangre pura» ya que era cristiana y católica. ¡Nada de impurezas judías, moras, agotes o gitanas!

Lo cierto es que, por esta causa quizás, la vieja «odol» vascona de aquella Rentería brilló extraordinariamente en los siglos XVI y XVII, no sólo con hombres de armas y marinos batalladores sino también con catedráticos en París, en Alcalá y Salamanca, gobernadores en ciudades americanas, secretarios y capellanes de reyes... ¡Lo que hace la propaganda: en Grecia hubo siete sabios y se enteró todo el mundo, en cambio aquí hubo una pléyade y ni nosotros nos enteramos!

La más masiva internacionalización de la genética renteriana tuvo lugar a últimos del siglo pasado y primer tercio de este. En tal período, nosotros que siempre fuimos hábiles ferrones y constructores de naves (los Amasas eran considerados los mejores arquitectos navales de su época) sufrimos la fiebre de la industrialización y nos dedicamos como locos a elaborar telas de lino, lanas, papel, galletas, perfumes, artículos de tocador, productos esmaltados, pinturas, tornillería, accesorios eléctricos, betunes y muchos etcéteras, que se quedan entre las teclas de la máquina.

Entonces, al reclamo del sin número de factorías, fábricas grandes y pequeñas, talleres y tallercitos surgidos por doquier, se sumaron nuevas aportaciones hematológicas foráneas en forma de técnicos y operarios. Además por si fueran pocas las industrias autóctonas, vinieron otras extranjeras que hicieron «errenderiarras» nombres tales como Olibet, Parkers, Niessen, Bisseuil, Huet, Carasa, Tourbillón, etc. Y al catálogo de apellidos locales se sumaron nombres como los Bazard, Moya, Elissalt, Saint Exuperi, Michel, Massa... traí-

dos por ingenieros y especialistas venidos de otras naciones. No fue extraño que, a nuestra Villa, entonces, se le llamase la «Pequeña Suiza».

Evidentemente, todo esto dio un cambio radical a los porcentajes de sangre. ¿Cuántos renterianos, con ascendientes renterianos puros, quedaron? Nuestro pueblo se convirtió en un microcosmos, un caleidoscopio de culturas y un desbarajuste genético... que producía las mejores galletas, los mejores lienzos de lino, las mejores lanas, la mejor tornillería, etc., de España. Tanta mezcla influyó incluso en nuestra culinaria, de tal manera que platos foráneos en origen, al naturalizarse, dieron lugar a que aquí se formase una verdadera élite cocinera que comenzaba en las más humildes tascas y terminaba en Casa Mateo, la Fonda Elicechea y, sobre todo, en el Panier Fleuri, visitado por toda clase de magnates, de reyes para abajo. ¡Si tendrían fama los cocineros de aquí que muchos de ellos pasaron a ser jefes de cocina en el Ritz, en el Palace, en el Hotel Escorial... o sea, en lo más granado de Madrid!

Volviendo al asunto que motiva estas líneas, si una población de 7.000 habitantes pasa a tener 45.000 en 50 años, está claro que ha tenido una importantísima aportación de sangre foránea. Sin embargo, hay que reconocer que la «odol» vascona tiene un inmenso poder de absorción y va asimilando todo ese aluvión, sobre todo, la gran tromba hematólogica de gentes del Sur que descargó sobre Rentería en la década de los sesenta.

Resumiendo: en la Rentería actual existe un tremendo benjenjal de sangres entremezcladas sobre las que nadan hematías alemanes, belgas, franceses, italianos, austríacos y quién sabe de dónde más...

Pero, que lo vascón prevalece lo dice el hecho de que nuestro pueblo siga repartiendo «galletas», aun cuando no quede ni rastro de las antiguas galleteras. Desde luego, tal fama nada nos favorece con vista a un futuro comunitario. No hace tanto, una empresa teutona, líder en tornillería, en tratos de asociación con la Cooperativa de Pekín, se echó «pa'trás», asustada al enterarse de que ésta se hallaba en la «conflictiva» Rentería, prueba patente, por otra parte, de nuestra actual internacionalidad.

Pero, ya se sabe. Desde los tiempos de los romanos, los vascones tenemos fama de inquietos y rebeldes, pero que siempre supieron salir adelante. No nos vamos a resignar ahora a que en lugar de los fragantes olores que antaño perfumaban nuestro pueblo tengamos ahora el repugnante de nuestro pobre río, muerto y casi enterrado. ¡Recucitaremos, amigos, como en 1476, en 1512 y en 1638!, aunque en la composición de nuestra «errenderiko odola» entren los más exóticos componentes. Al fin y al cabo, todo se compone de glóbulos rojos, glóbulos blancos y trombocitos...